

# CRÓNICAS SOCIALES

## El nuevo credo

En estos días han venido en grupos los *amigos* á traernos el guante de un reto bizantino que á ninguno de nosotros se ha lanzado.

Imaginan los tales que el hecho de acudir á la prensa dos caballeros de la pluma á discutir la bancarrota del liberalismo, nos obliga á salir por fueros que hace rato abandonamos en nuestra incesante evolución *hacia adelante*.

Pues bien, fuerza es que declaremos no tener puesto alguno en tal combate. En el cual, además, no aparece un fin visible más allá de aquel que se resuelve en fervorosas adulaciones al mandatario actual de Costa Rica, cuyo *liberalismo* claudicante es el mismo que como tal campa y se debate contra las reacciones que le disputan en el mundo latino nada más que una hegemonía política, borrada ya de los mirajes del ansia sinceramente libertaria.

No es posible á estas horas hacer defensa alguna del pseudo liberalismo puesto en voga. Como no es dado á los hombres religiosos que aún se empeñan en llevar á la rastra por la vida las amazonas de sus liturgias, defender la esencia de sus credos tan lejana de las actuales prácticas de absurdos misticismos.

Habría que comenzar por señalar la hermosa virtualidad de la doctrina en ambos casos, y eso pertenece ya al dominio de los ensueños humanos que brillaron un instante para hundirse en la tiniebla de la mistificación que acecha para alumbrar fugazmente el camino de sus agios, el glorioso relampagueo de los ideales.

Otro sol más potente ha nacido para la esclava inteligencia de los hombres: la idea acratista. Y hacia ella se encamina, desdeñando antiguos espejismos, la procesión de descontentos que alcanzó buen lote de amargura en el reparto del dolor humano.

En estas horas congojosas que no

son ya de controversia escolástica sino de bravo y prodigioso esfuerzo, quien logre demostrar el fracaso de la República, hija y compañera de la democracia, no probará nada en favor de los antiguos regímenes autoritarios por los cuales suspiran todavía los atavismos del poder feudal que hubo de ceder su puesto á las modernas tiranías. A lo sumo se demostrará con tal esfuerzo una nueva derrota de la autoridad, y un nuevo triunfo de la aspiración igualitaria que acciona por establecer—no importa cuándo—el prodominio de la Justicia sobre el mundo.

No tenemos, pues, intervención alguna señalada en el debate. Enfrente de él estamos recogiendo las piedras de la argumentación que ambos polemistas se arrojan, para reforzar con ellas nuestra ya robusta convicción acratista. Y en los intermedios que los contendores emplean en agitar sus incensarios cuyas columnas de humo fragante forman una sola ante las narices del mandatario de esta tierra—en cuya gestión administrativa se cree encontrar, sin embargo, la bancarrota del *liberalismo*—nos ocurre pensar que si como tantos aseguran, el gobierno es un organismo actualmente necesario para domar las ingénitas asperezas humanas, para los que de tal aseveración abominamos más conveniente sería que ese gobierno se hiciera sentir con el delirante autocratismo primitivo que encubren y apenas suavizan las celebradas formas republicanas.

Acaso llegaríamos en menor tiempo á la conquista del ideal emancipador, sin ese retardamiento indefinido que las *formas suaves* vierten sobre las impetuosidades de la esperanza.

No somos sacerdotes; no somos políticos. Libres por fin de los estrechos dogmatismos que otrora nos llevaron al ataque sangriento y á la defensa